





EDITORIAL RONEO

TRINIDAD SILVA
ASTUCIAS



DIOSES
ANIMALES Y HOMBRES
EN LA GRECIA ANTIGUA

DICIEMBRE DE 2025 - SANTIAGO DE CHILE

Astucias
Dioses, animales y hombres en la Grecia antigua
Trinidad Silva

© Editorial Roneo
© Trinidad Silva
Primera edición: diciembre de 2025

ISBN 978-956-6152-17-0

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser
reproducida sin la autorización de los editores

Dirección de portada: Javiera Contreras
Diseño de interior: María José Mejías S.

Edición a cargo de Cristóbal Carrasco

Editorial Roneo
Jorge Washington 325, Ñuñoa
www.roneo.cl | info@roneo.cl
Santiago de Chile

ÍNDICE



PRÓLOGO	9
DIOSES	
Metis y Zeus	21
Prometeo	41
Proteo	51
ANIMALES	
Pulpo	61
Cuervo	75
Zorro	93
HOMBRES	
Ulises	119
Sofistas	155
Sócrates	185
Conclusión	217
BIBLIOGRAFÍA	219



Para Amanda y Martina
que, juntas, me han enseñado
todo sobre prudencia y astucia

Para Lucas, que sabe sobre las
cosas del amor (*ta erotiká*)



PRÓLOGO



No sé si este libro es mío o solo fue escrito por mí. Son tantas las voces, antiguas y modernas, las que fabrican este relato sobre la astucia, que he tendido a pensar que no hay intuición propia sin reflexión ajena. Quizás un libro sobre la astucia no puede ser distinto. Como Ulises, ha de ser *polytropos*, de muchas maneras: múltiple y único, intuitivo y reflexivo, propio y ajeno. Las muchas maneras de la astucia rehúyen el registro de la autoridad disciplinar, pero no de la historia. Aparece y desaparece en la mitología, la filosofía y la literatura. Yo intento contar una historia que parta desde el principio de las historias contadas: con Homero y Hesíodo. Se trata de usar las herramientas que me ha entregado la filosofía y literatura antigua para hacer un ensayo de valor contemporáneo, quizás una empresa arriesgada. En ese riesgo hay una convicción. Esta

no es la de rehabilitar el pensamiento clásico como estandarte de verdad, sino de descubrir, junto con el lector, las muchas vías de decir la verdad, incluso si eso supone la mentira.

Siempre he pensado que a los antiguos los tomamos demasiado en serio. El afán con el pasado no se agota en la nostalgia ni en la admiración ni en la erudición. Los griegos son los textos griegos. Los textos griegos son fascinantes como cualquier texto fascinante. Leer *Las Nubes* de Aristófanes da risa, y la *Electra* de Sófocles da pena. La gente rehúye a los clásicos o se les acerca con miedo, como si tuvieran cosas demasiado importantes que decir. O nada que decir. Sus textos, aun cuando no se leen, siguen siendo fascinantes: cartas a amigos, tratados sobre la visión, defensas sobre el amor, discusiones políticas, chistes y novelas. Es como si el tiempo no solo los velara, sino que además los petrificara en su expresión más seria y severa. Un ejemplo claro son esos bustos de piedra, sin mirada.

A veces creemos que, si no se sabe griego, no se puede estudiar a Platón o leer a Homero. Por mi parte, estoy convencida de que el *Banquete* de Platón se puede disfrutar leyendo con una edición de dudosa procedencia y una traducción no tan fiel al original. Este es un texto que termina con el amante de Sócrates colándose a una cena, borracho, para decirle un par de cositas al frente de sus amigos.

La *Iliada* comienza hablando sobre la ira de Aquiles, casi al extremo de la pataleta, porque no quiere ceder frente a las demandas del jefe del grupo. Héraelito, dentro de su teoría sobre el fuego, postula seriamente que la capacidad del intelecto se optimiza en un entorno seco; es por eso que al beber perdemos la razón. Esto no le quita en ningún grado su seriedad a estos textos como objeto de estudio, pero tampoco debiera privarnos de disfrutar la lectura por el placer de leer, desde la risa, el afecto y la curiosidad. No solo el culto y el análisis son canales de entrada a estos textos. Este es el riesgo que he asumido en este libro: tomar el objeto intelectual para convertirlo en objeto estético; ahí es donde aparece la astucia, esa inteligencia múltiple.

La inteligencia ha sido apropiada como patrimonio del hombre. Entre otras formas de vida, la de animales y plantas, la inteligencia (en la forma de *razón*) ha quedado reservada para nosotros. Este es el sello de su expresión singular, el regalo de los dioses; también su condena.

Pero la inteligencia es multiforme. Ya nos hemos acostumbrado a hablar de *inteligencia artificial*. Pa-reciera que el término, en su propia tecnología, ha evolucionado para nombrar mecanismos que operan más allá de la vida. Las operaciones de la inteligencia son funciones que se miden en su éxito o eficiencia para lograr tareas, no como la expresión

de la humanidad. Según Hans-Georg Gadamer en *El sentido oculto de la salud*, este es el efecto de una variación de significado que se dio en el siglo XVII. Lejos de esa forma de *intelligentia* latina, la comprensión de los más altos principios, la nueva inteligencia se vuelve una capacidad formal:

Evidentemente, fue la Ilustración —imbuida de un ideal pragmático— la que despojó al concepto de inteligencia de toda relación con los “principios” y lo aplicó con un sentido puramente instrumental, plegándose a la evolución del lenguaje hacia el pragmatismo con la intención de evitar las consecuencias extremas del cartesianismo, que reservaba la autoconciencia para el hombre y concebía a los animales como máquinas.

Pese a ello, quisiera hablar de una forma de inteligencia que sigue estando asociada a la vida. Y no solo a la vida del hombre, sino que también a la de dioses y animales. Quisiera hablar de la astucia.

Si uno se detiene a pensar en la larga lista de atributos que imita la inteligencia artificial (tales como precisión, memoria, procesamiento de información, capacidad de asociación, etc.), aún resulta difícil pensar en la posibilidad de una máquina astuta. La sola idea de programación —con instrucciones di-

señadas en base a predictibilidad— desafía la naturaleza plástica y adaptativa de la astucia. La astucia, un atributo de la inteligencia divina, humana y animal, es tan escurridiza en su operación como en su análisis. La astucia se muestra como se muestra el astuto: multiforme y engañoso. Su materia prima es la apariencia. Por eso los filósofos no la han querido o la han querido solo a medias.

En la filosofía griega, quizás la tradición que más lejos ha llegado en pensar la inteligencia, ella es nombrada como *nous*, *logos* o *dianoia*: sello divino del hombre, y que reúne todo su valor en su capacidad de aprehender la verdad. Platón, en el siglo IV a. C., señalaba que la inteligencia es como el ojo que posee en sí mismo la facultad de ver, pero que solo encuentra su potencia virtuosa en la dirección hacia la que se orienta, en el objeto al que se mira. Aristóteles nos dice que esta capacidad está dada por naturaleza, pero que solo se actualiza en su ejercicio contemplativo de la verdad y las primeras causas.

Los filósofos antiguos tuvieron que reconocer que la inteligencia humana, en el despliegue de sus capacidades, no garantiza virtud. Heráclito lo hace ver antes cuando, rivalizando con otros, advierte que la erudición no es saber. Las competencias de la inteligencia, en su espectro de posibilidades, han de ser discriminadas, limitadas por criterios que impidan dejarlas caer en el abuso, la desgracia o la condena.

La paradoja que surge está a la vista: ¿cómo renunciar a la potencia de la inteligencia, al ejercicio en su espectro completo? Atar la inteligencia a un objeto, ¿no es simplemente atar a la inteligencia? El genio maligno de Descartes es un dios astuto: su omnipotencia está en poder de engañar.

La inteligencia no es lo mismo que la razón. Alguien inteligente no es siempre alguien racional, sobre todo cuando racional se dice en su sentido normativo, como *razonable*. El uso de la inteligencia tiene usos poco razonables, como los tantos de la inteligencia militar. Tener razón es hacer un buen uso de la razón, considerando medios, fines, personas o convenciones. Tener inteligencia o ser inteligente no se mide necesariamente con criterios de verdad o de bien. La función del alma consiste en hacer un buen uso de la razón, dijo Cicerón algunos siglos después. Esto es lo que en filosofía distancia a la inteligencia, en su sentido operativo, descriptivo o formal, del alma (*psyché*), en su sentido ético y normativo. Ambos se relacionan con la vida y lo peculiar de la vida humana, mas el alma no colma su potencia en actividades intelectuales, no al menos cuando están dissociadas del bien o la verdad. Aunque no sea sencillo hablar hoy del alma, es claro que no es lo mismo que hablar de la mente. La mente es un objeto de estudio más adecuado para análisis métricos y descriptivos: se asocia más con la ciencia

que con la religión; su discurso desplaza la metáfora por el concepto, el misterio por la evidencia. Pensar sobre el alma nos arrastra hacia otras metáforas y objetivos: el centro de vida emocional para Platón, un compuesto de átomos sutiles con funciones cognitivas y emocionales peculiares para Epicuro. Carece de una definición exacta, y resulta esquiva a ella, pero quizás por lo mismo se vuelve necesario hablar de ella. Y sobre todo, hablar sobre el bien del alma. Que la metáfora propia del lenguaje del alma sea vida, salud, armonía, justicia, equilibrio o tensión busca postular el alma como una unidad funcional, un todo organizado, que —desde la gracia de la naturaleza dada, sean átomos, fuego o formas—, se perfecciona mediante el buen uso de todas sus facultades, pensamiento, emociones y acciones.

Si el alma remite al horizonte del buen vivir, la inteligencia, en cambio, se mueve en un registro operativo capaz de desplegarse sin atender necesariamente a la verdad o la virtud. Es en este espacio ambiguo donde aparece la astucia, entre lo que el alma pone como fin y la inteligencia dispone como medio. Su operación racional no es siempre razonable porque no está condicionada a reglas. Si lo está, no es del todo astuta. A la astucia no la capta el sustantivo como categoría gramatical: no es un concepto abstracto y por eso no se puede definir; es sobre todo un adjetivo, un rasgo de carácter, *astuta*/

astuto, y también un adverbio, una manera de hacer las cosas, *astutamente*. Si es un sustantivo, quizás lo sea en plural, *astucias*. Es una inteligencia que, como la artificial, se mide en su éxito para lograr tareas, pero que, a diferencia de ella, se adapta a la vida. En esto la astucia supone un alma, pero una siempre encarnada, incluso si es para marcar su desajuste con el cuerpo. Es una inteligencia esencialmente orgánica, flexible, maleable, corpórea, versátil. Es una inteligencia viva porque se juega con el cuerpo, la forma del cuerpo, y siempre dentro de una realidad cambiante y dinámica. Digamos, por qué no, que la astucia es la inteligencia del cuerpo animado.

Si la astucia es una inteligencia del cuerpo, no debiera ser un patrimonio meramente humano. La astucia es patrimonio de aquellos dioses, animales y hombres que operan fuera de las reglas. En la tradición griega le pertenece a Zeus, quien se tragó su primera esposa Metis, Astucia, temiendo que gestara a un hijo más inteligente que él. O es de la misma Metis, que se dejó tragar por Zeus para operar desde su interior o su margen. Es del titán Prometeo quien robó el fuego de los dioses para compartirlo con la humanidad. Es de Proteo, el dios oceánico, que cambia su forma a disposición, como lo hace el agua en sus distintos estados. De la misma manera, abajo del Olimpo, lo hace el cuervo con su oscuridad enigmática, el zorro desde el sigilo y el

cuidado en el cálculo y el pulpo con sus múltiples miembros y su capacidad de fundirse con el entorno. Lo controversial está al medio, donde el animal es racional, y entonces la argucia y la versatilidad se encuentran con la fuerza de la medida normativa. Ulises es el gran ejemplo, burló al Cíclope, sorteó todo tipo de trampas, pero no sin el juicio de la tradición posterior: un *sabio malo*, le dice Sófocles en el *Filóctetes*. La filosofía, patrocinadora de la inteligencia humana, duda si incluirlo en el repertorio de sabios, al igual que lo hace con Medea, la gran maquinadora de venganzas. Que salga de la filosofía no significa que salga del ámbito intelectual. El político y el sofista toman el ejemplo de Zeus, Proteo, Prometeo, Ulises y, en sus pericias, actúan como el zorro y el pulpo.

Hay astutos encubiertos. Quizás los más astutos son los que no se nombran como tales. Es un rasgo que rehúye la identificación, la designación: nadie que es realmente astuto se enuncia como astuto. Sócrates es quizás el mejor ejemplo. La peculiaridad del filósofo está en esconderse, en presentarse como no-sabio, no-hábil. Con su barba y sus pies descalzos, aparece como un profesor de la ignorancia, mientras va cazando sofistas a diestra y siniestra. Comparado con un tábano, con un fauno y un pez torpedo, Sócrates es el amante, *eros* que, justamente en el *Banquete* de Platón, aparece como

descendiente de Metis, el recurso, la astucia, la inteligencia sofística. Su fingida ignorancia lo hace comparable a un Ulises que vuelve a Ítaca disfrazado de anciano indigente, irreconocible, para finalmente vencer a todos los pretendientes de Penélope. La astucia de Sócrates no se revela en las doctrinas de todos los filósofos socráticos, pero sí en el drama, en la acción, en la anécdota.

Hay algo de transversal de la astucia en todos estos casos, cierta prudencia (*phronesis*) que, si bien no obedece reglas, rehúye la precariedad del impulso. La astucia sabe del tiempo porque anticipa, mide, calcula y acierta. Conoce la oportunidad. La astucia es oportunista, sin duda, pero no al modo de la improvisación. Es un modo de atajar la realidad que compromete las operaciones mortales del cuerpo y la gracia divina de la inteligencia. De esas formas trata este libro.